


*Poesía inédita*

S

*Poesía inédita*  
*Atribuciones del manuscrito de Évora*  
Francisco de Quevedo

---

Edición de María Hernández  
Prólogo de Pablo Jauralde

*Preciosa y el aire* 

Primera edición en Libros del Silencio: febrero del 2010

Edición, introducción y notas de María Hernández  
© del prólogo, Pablo Jauralde [2010]

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]  
Provença, 225, entresuelo 3<sup>a</sup>  
08008 Barcelona  
+34 93 487 96 37  
+34 93 487 92 07  
[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)

Diseño colección: Nora Grosse, Enric Jardí  
Diseño cubierta: Nora Grosse, Enric Jardí

ISBN: 978-84-937559-5-9  
Depósito legal: B.4.704-2010  
Impreso por Romanyà Valls  
Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Prólogo

No se ha logrado avanzar mucho en el conocimiento de la obra de nuestros autores clásicos más renombrados. Resulta espectacular la ignorancia que mantenemos sobre la obra poética de ingenios como Lope, Villamediana o Quevedo, sobre todo si se contrasta con la opinión común, que traza panoramas de vidas, obras, escuelas, géneros, etc., normalmente recuperando esquemas escolares o historias viejas que no llegaron a trazarse cabalmente porque les faltaba la sustancia sobre la que asentar conocimiento y juicio.

Se podría pensar que los nuevos tiempos van a esclarecer de una vez por todas cuáles fueron las obras de los más afamados escritores auriseculares y cómo se nos han transmitido, y que, al leerlas, vamos a poder entender mejor lo que dijeron y la época en la que lo dijeron. Nada más lejos de la verdad. Si recuperar la realidad histórica significa controlar los lugares donde se pueden encontrar testimonios de su obra, recuperarlos, ejercer

sobre ellos una tarea crítica de tipo filológico y —después de una enumeración que perdono ahora— llegar a conocer mejor nuestro pasado; si eso era una condición, lograrlo no está cada vez más cerca, sino cada vez más lejos de nuestros intereses culturales, que han tomado la derrota visual y van condenando a los baúles del pasado todo lo que suene a viejo. No lo señalo como reconvención, sino como comprobación de investigador viejo que ve cómo se amontonan legajos, testimonios, cartapacios, libros, en los rincones de los rincones (archivos, bibliotecas, santuarios de todo tipo...) de todo el mundo. Apenas hace un mes visité uno de esos inmensos santuarios, esta vez fuera de España, en donde, además de no poder encontrar lo que buscaba, un bibliotecario comprensivo me comentó que se guardaban cien mil manuscritos y que «ellos eran solo dos». Nunca ya nadie, pensé, recuperará lo que allí se ha escrito, o expurgará y apartará lo valioso de lo menos interesante.

Por otra parte, no se puede leer la obra completa de Quevedo —ya que a él vamos— y, desde luego, no se puede leer con un mínimo de seguridad porque desde hace unos cien años nadie ha editado o leído manuscritos como el de *España defendida* (¡que se conserva autógrafo!) o el de *Providencia de Dios* (¡autógrafo en la Biblioteca Nacional de España!): Quevedo. El camino de las lamentaciones ha de dejar paso a otro más grato, el que nos depara el libro de la doctora María Hernández.

En la recuperación de textos clásicos juega mucho el contraste cultural que el tiempo impone. En efecto, todos los testimonios que nos llegan sobre la difusión de la poesía quevediana subrayan su precariedad, y no solo como signo de los tiempos, sino también como resultado de una actitud personal, quizá de clase, que desdeñaba algunas de las tareas que cumplía, sobremanera la de escribir versos aparentemente circunstanciales las más de las veces; elaborados en el taller de la intimidad, otras. Fue Quevedo, en efecto, de los escritores que no entregaron a la imprenta sus versos; murió pensando hacerlo, con una recolecta y un plan de publicación cuyo alcance todavía discute la crítica. Sin embargo, su fama como escritor produjo admiración, y la admiración generó imitación. De manera que cuando uno se sumerge en el vocerío poético de la primera mitad del siglo xvii, el tono y los temas de la poesía de Quevedo se distinguen a partir de algunos elementos muy característicos: la profunda nota moral, la angustia existencial, el refinamiento estilístico de las sátiras, la crónica socarrona de un cortesano... Si es verdad, con su tanto de exageración encomiástica, que se perdieron de veinte partes todas menos una, mucha poesía de Quevedo se habrá extraviado inexorablemente y mucha permanecerá como anónima en los miles de manuscritos que sirvieron para difundirla y disfrutarla.

Una excelente investigadora, la doctora María Hernández, se ha atrevido a entrar por ese tortuoso camino que lleva a los fondos manuscritos de las bibliotecas históricas, para escarbar entre papeles y recoger, debidamente expurgados, los testimo-

nios que sí que podrían ser de Quevedo. Hace falta juventud, sabiduría y finura crítica para semejante tarea; y quizá también el desparpajo de quien trabaja con ilusión al margen de las modas académicas, frecuentemente tan paralizadoras como absurdas. Hace falta también, pero por ahí no quisiera seguir, recuperar el amor hacia los textos.

Las humanidades —ya que ella habla de establecer un diálogo *humanístico*— siguen sin ser el reino de las cuantificaciones, el de las certezas que se miden por gráficos, índices de audiencia y demás artilugios que intentan desesperadamente tabular nuestras actividades y conocimientos; son el lugar cercano al «hombre», el espacio donde las cosas no se perfilan como objetos precisos y contundentes, sino siempre diluidas en la opinión, el diálogo, la perspectiva, las circunstancias... Y hay que defender que siga siendo así, de manera que no espere encontrar el lector en un trabajo, serio y bien planteado, como es este, una cuantificación de nuevos poemas del escritor madrileño y cosas por el estilo.

Yo suelo defender que la realidad es siempre más atractiva que la invención; y en este caso la realidad es como María Hernández nos la presenta, sin dogmatismos ni petulancias, bien pertrechada de trabajos de campo y de lecturas, de manera que cuando uno se pasee por los poemas morales, pueda pensar, como ella, que esos versos paradójicos («colosos armas sobre cañas huecas», «el Tiempo en mí cumplió lo que promete...»)

de carácter lapidario y sentencioso, bien pudo haberlos escrito don Francisco; y que él pudo perfectamente haber recreado la imagen del volcán amoroso («Estoy de fuego y hielo volcán hecho»); o haber llenado un soneto de tonos admirativos e interrogativos (véase el que comienza «Hermosa, altiva...») para dejar en palabras su agitación pasional; como pudo haber conjugado en un solo verso varios de los motivos de su agresividad satírica («arrogante coraza envuelta en cueros»), hasta llegar a las heces de la inspiración, que el lector encontrará bien representada. Nótese, por cierto, que lo que con mayor celo se ocultaba no era la vena satírica, sino la intimidad amorosa y la crítica moral de alcance político; algo que está en relación con el barullo ideológico de una inteligencia sometida a la presión insoportable de la historia. Los poemas satíricos se difundieron más, pero como anónimos, quizá por eso su representación es mayor en el caso de las atribuciones.

Cierto es que en algunos casos la valentía atribuidora de María Hernández es notable; pero no hay engaño: se dice lo que se ha encontrado, se señala el camino de la investigación y se ofrece al lector el resultado de un trabajo basado en el entusiasmo y el conocimiento del campo.

Y la tarea puede seguir, porque el descubrimiento, protección y esclarecimiento de nuestro patrimonio literario es una tarea que no parece que vaya a cumplirse ni pronto ni bien, y es una labor que va a empezar —lo ha hecho ya— a no intere-

## PRÓLOGO

sar a nadie, o a muy pocos, sobre todo ahora que la invasión de las imágenes anuncia cambios culturales de todo tipo. No hay juicio negativo en esta frase, solo constatación de un hecho, el del cambio cultural que afecta a libros y lecturas. No sabemos dónde terminarán los versos de Quevedo. Por el momento, vamos a disfrutar con su lectura.

PABLO JAURALDE POU

# POESÍA INÉDITA

ATRIBUCIONES DEL CÓDICE CXIV/1-3  
DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE ÉVORA

# POESÍA MORAL

# 1

## SONETO

La nave que surcando el Ponto<sup>1</sup> pasa  
ligera y fuerte como viento y peña,  
el bravo mar con ocasión pequeña  
rompe, sorbe, deshace, ahoga, arrasa.

La ciudad fuerte o respetada casa  
que de tratar las nubes se desdeña,  
con breve curso el Tiempo nos la enseña  
rota, humilde, asolada, yerma y rasa.

La ignorancia mortal que se alimenta  
de bárbara ambición y se presume  
potente, firme, estable, altiva, osada,

baje la rueda,<sup>2</sup> reconozca y sienta  
que en un punto la muerte la resume  
en humo, en polvo, en viento, en sombra, en nada.<sup>3</sup>

[Ms. de Évora, pp. 680-681]

NOTAS

1. *Ponto*: mar. Este cultismo aparece en muchos poemas morales de don Francisco (*POC*: 57, v.1; 59, v. 6; 66, v. 5; 98, v.1; 106, v.14; 145, v. 86).

2. La rueda de la Fortuna es un motivo iconográfico y literario que simboliza la caprichosa inestabilidad de la existencia humana. Cf. *POC*: 73, v. 8; 133, v. 4; 236, v. 2; 269, v. 10.

3. El último verso es casi idéntico al que concluye el célebre soneto gongorino «Mientras por competir por tu cabello» (Gongora, 1985, p. 230): «en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada». Recuérdese, asimismo, *POC*: 3, v. 2: «¡Poco antes, nada; y poco después, humo!»; y de la *Política de Dios*, incluida en las *Obras en prosa* (Quevedo, 1960, t. I, p. 1552): «del cuerpo: todos sabemos que es polvo y ceniza, enfermedad y muerte». La *imitatio* es común en la poesía del barroco, de ahí que el terreno de las atribuciones sea tan abrupto. Ambos tienen el precedente del v. 57 de *Os Lusíadas* de Camões: «ou fosse monte, nuvem, sonho ou nada», que recoge el tópico de fuentes bíblicas y grecolatinas. Véase el artículo de Gabriel Laguna Mariscal, «*En tierra, en humo, en sombra, en nada*: Historia de un tópico literario», *Anuario de Estudios filológicos*, 1999, pp. 197-213.

# POESÍA AMOROSA

16

A UNA DAMA MELÁNCOLICA QUE PIDIÓ  
A UN CABALLERO QUE LE ESCRIBIESE  
LA DEFINICIÓN DE SU MAL  
ROMANCE

Tan imperiosa mandáis  
que escriba, señora mía,  
de vuestra melancolía  
el extremo en que os halláis,  
que mi rudeza obligáis,  
y con noble atrevimiento,  
la propia ignorancia aliento  
porque digáis la verdad  
que, como la voluntad,  
mandáis al entendimiento.

No pregunto la razón  
de dónde este mal os viene,  
porque lo malo que tiene  
es no saber su ocasión,  
que esta secreta pasión

no quiere que se revele  
su causa, que a veces suele,  
con este oculto accidente,  
irse acabando el doliente  
sin saber dónde le duele.

Y lo mismo en vos se ve  
que todo este mal consiste  
en que, muriéndoos de triste,  
no podáis saber de qué;  
ni yo, señora, lo sé,  
aunque me importa buscar  
remedio que os aplicar,  
porque veo que, en virtud  
de que vos gocéis salud,  
la tengo yo de gozar.

Puedo pensar porque pende  
de una fuerte aprehensión  
que está en la imaginación,  
que es de linaje de duende,  
que ni se ve ni se entiende,  
y si esto fuese, está llano  
que será el remedio vano  
donde el solo golpe suena  
y ninguno ve la mano.

Y cuerdamente se rigen  
los que a la melancolía,  
que es más de la fantasía,

le dan fantástico origen,  
porque sin causa se afligen  
los tocados deste mal,  
a los dormidos igual  
que despeñados y muertos  
se sueñan, pero despiertos  
no ven golpe ni señal.

Vos, señora, sois así  
cuando os melancolizáis,  
porque aquí y allí pensáis  
sin pensar aquí ni allí;  
oigo decir por ahí  
que padecen comúnmente  
discretos este accidente;  
yo no alcanzo este secreto:  
¿cómo puede ser discreto  
quien se muere neciamente?

Por esto me persuado  
que, en vuestra gran discreción,  
no sabe un mal sin razón  
que sólo es imaginado;  
demás que en vos he notado  
que os reís, buena señal  
de que no será mortal  
aunque más terco porfíe,  
porque mal con que se ríe  
no debe de ser grande mal.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Y agora, dé mi [re]medio,  
que me habéis tenido tal  
que, por sentir vuestro mal,  
deje de llorar el mío,  
pero por eso confío,  
señora, en vuestro valor,  
que os ha de obligar mi amor,  
si aquél se tiene por bueno,  
que por el dolor ajeno  
no cura de su dolor.

Ay, si Amor, señora mía,  
causara vuestra inquietud,  
vendiera yo mi salud  
por vuestra melancolía,  
que, viendo que consistía  
toda mi felicidad  
en mal de esa calidad,  
mal haya mi pensamiento  
si no procurara aumento  
a tan alta enfermedad.

[Ms. de Évora, pp. 620-625]

# POESÍA SATÍRICA

24

DESCRIPCIÓN DE LA HERMOSURA<sup>1</sup>

SONETO

Piojos cría el cabello más dorado,  
lagañas hace el ojo más vistoso,  
en la nariz del rostro más hermoso  
el asqueroso moco está enredado.

La boca de clavel más encarnado  
tal vez regüelda a hálito fatigoso,  
y la mano más blanca es muy forzoso  
que al culo de su dueño haya llegado.<sup>2</sup>

El mejor papo de la dama mea  
y [a] dos dedos del culo vive y mora,  
y cuando aquesta caga, es mierda pura.

Esto tiene la hermosa y más la fea,  
veis aquí el muladar que os enamora,  
cágome en el Amor y en su hermosura.

[Ms. de Évora, p. 568]

## FRANCISCO DE QUEVEDO

### NOTAS

1. Figura, según Pérez Cuenca (1997), en la BNE: ms. 3912, f. 66; ms. 3913, f. 25v; ms. 3922, f. 9; ms. 4052, f. 245; ms. 4067, f. 219v; ms. 20620, f. 115. También está atribuido a Quevedo en el Archivo Nacional da Torre de Pombo, ms. 1659, f. 76r. Aparece en el índice de sonetos muy dudosos atribuidos a Góngora de Ciplijauskaitė (Góngora, 1985, p. 316), aunque la tradición manuscrita también lo atribuye a Bances Candamo, Cepeda y Guzmán (cf. Carreira, 1989, p. 132).

2. Estos dos versos aparecen citados en las *Gracias y desgracias del ojo del culo* (Quevedo, 2003b, p. 31): «Y al fin le han servido de limpiadera las mejores y más hermosas manos del mundo, según aquél: la mano de marfil es muy forzoso que al culo de su dueño haya llegado».

# POESÍA POLÍTICA

34

A LA CORTE

ROMANCE

Quien dijo corte en el mundo,  
si viviera en nuestros tiempos  
le azotaran por las calles  
y el pregón, por agorero.

Mas, supuesto que están libres  
de persecución los viejos,  
porque el pobre que tal dijo  
habrá mil años que es muerto,

y dado que en este caso  
no hay rastro de hallar dinero  
para gastos de justicia,  
para alcaldes, ni porteros,

podré decir que acertó,  
y aun que mereció por ello  
que para hacerle una estatua  
se corte mármol de nuevo,

él encerró en cinco letras  
las cinco llagas del Tiempo:  
confusión y ociosidad,  
robos, temores y enredos.

Púsole por nombre *corte*,  
como cortando por medio,  
que no acabara en su vida  
a querer decirlo entero.

Van ya tan cortas las horas  
de la corte que ahora vemos,  
que más parece corteza  
para que se escriben versos.

Cortóse de paño fino,  
gastaron otros el pelo  
del concierto y de la honra,  
de razón, temor y ejemplo.

Ha descubierto la hilaza  
y agora, que está más viejo,  
queremos de un hilo solo  
colgar infinito peso.

¡Ah, corte, y cuán diferente  
nuestros pasados te vieron!  
Pero fue corta tu vida,  
que es costumbre de lo bueno.

Cuántos honrados tuviste  
con la pobreza contentos

y cómo agora los niegan  
por ser más ricos sus nietos.

Tienes en sí cortesanos  
que a no cortarse el cabello  
les estuviera un rodete  
harto mejor que un sombrero.

Cuántos parece no comen  
sino buñuelos de viento,  
y aun deben de ser simiente,  
pues les nacen en el pelo.

Cuántos hay de matasietes,<sup>1</sup>  
si bien del nombre me acuerdo,  
que para matar un vivo  
son menester setecientos.

Cuántos nobles por pobreza  
andan hoy, a pie los vemos,  
y cuántos por un caballo,  
en ti nombran caballeros.

¡Oh, cuántos hijos que tienes  
a quien no das alimentos  
y, con el naipe en la mano,  
viven del sudor ajeno!

¡Oh, cuántas madres se hallan,  
y cómo no conocemos  
otro padre, ni otra madre  
sino solos los dineros!

En cuántos vemos bravatas  
estando en seguros puertos,  
y es causa de más palabras  
el ser más cobardes ellos.

Tu nobleza afeminada  
tu fama pone en tal puesto  
que, para perderte, sólo  
le dejo los labios buenos.

Bien se ve que tus hidalgos  
con los dineros se han hecho,  
pues que por ellos te quitan  
lo que los buenos te dieron.

Qué de señores sustentas  
que, aficionados del puesto,  
han dejado sus haciendas  
más allá del mar bermejo.

Qué de justicias injustas  
para tantos consejeros,  
qué pleitos, qué de ministros  
que mal vivirán sin pleitos.

Qué cantidad de lisonjas,  
qué de ladrones cubiertos,  
y cuántos hay de romanos  
en hábitos de romeros.

Qué de varitas que piensan  
que traen el mundo derecho

y basta el peso de un cuarto  
para que besen el suelo.

Qué de hipócritas fingidos  
que escoges para el gobierno,  
ovejas al parecer  
y leones en los hechos.

La soberbia te ha cegado  
de tantos ropones negros  
que, aunque tú fueras un Argos,  
[te] cegaran tantos cuervos.

Bien haya quien me ha librado  
de tan tenebroso infierno,  
donde la verdad es odio  
y adorado el lisonjero.

¡Oh, máquina encubridora  
de tan extraños enredos,  
de quien sólo será libre  
quien no hubiere estado dentro!

¡Oh, mar de ricos cuajado  
que, ahogando los marineros,  
sustentas sobre tus aguas  
metales de grave peso!

¡Mina de donde han sacado  
los más extraños lo bueno,  
dejándote abierto el hoyo  
el oro del Mundo Nuevo!

Eres casa de contrato  
donde los más extranjeros  
te engañan con niñerías  
y cargan de ti vicios nuevos.

De la señora del mundo,  
según tu trato muy presto,  
vendrás, humilde, a servir  
tus tiranos herederos.

Serás un común mesón,  
y ya que lo eres, entiendo,  
pues al pasajero muestras  
más amor que al hijo mismo.

Serás arca de Noé,  
y a no haber arco en el cielo  
otro diluvio temiera,  
pues otra arca se está haciendo.

Serás mastate<sup>2</sup> ... qué digo,  
si es enfermedad del viento  
que con principio de burlas  
en veras se va volviendo.

Digo que es gran medicina  
(¡los vómitos, al enfermo!),  
que tal congoja cual antes  
parece que ya no tengo.

No sé qué me había comido,  
gracias a Dios que lo veo,

que es milagro tener vista  
el ciego de nacimiento.

Y, pues he de quedar corto,  
cortar mi querella quiero  
sin acortarle las gracias  
al que me sacó de dentro.

Ya de mi dulce instrumento<sup>3</sup>  
cada cuerda es un cordel,  
y en vez de vigüela él  
es potro de dar tormento,  
quizá con celoso intento  
de hacerme decir verdades  
contra estados, contra edades:  
no las comente el ruedo.

De hielo su corazón  
con que quema, seca y hiela  
las esperanzas en flor,  
pasa como el pensamiento  
en instante del sí al no  
y pone desde el deseo  
hielos a la posesión.

[Ms. de Évora, pp. 591-599]

## FRANCISCO DE QUEVEDO

### NOTAS

1. *matasiete*: «el espadachín o rufián fanfarrón, que por hacer burla de él le dan este nombre». Cf. Covarrubias (1611). Véase *POC*: 693, v. 8; 735, v. 71; 875, v. 348.

2. *mastate*: «corteza fibrosa con que los indios hacen sus taparrabos u otros tejidos». Cf. *DRAE* (1984). No aparece en Covarrubias (1611).

3. Reminiscencias gongorinas: «Si de mi dulce instrumento...». Véase Robert Jammes (Góngora, 1980, p. 81).

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS  
EL MES DE FEBRERO DE 2010

S

*Donde hay poca justicia es un peligro tener razón.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)